

Marco A. Bontá

El escultor Virginio Arias



Es aquí un hijo selecto de la tierra. Un hijo puro del pueblo, nacido en el campo, bajo los nubosos y variados cielos de Ranquil, donde los ríos, las montañas y los amplios horizontes de la provincia de Concepción, dan a la naturaleza un acento de tierra virgen y hermosa. Los robles, la araucaria, los rebaños y el copihue son sus antepasados.

Rica herencia para Virginio Arias, porque desde los días más tiernos de su infancia, el niño jugó junto al río y en el bosque con la madera y la arcilla. Como los antiguos hijos de Arauco hizo su mundo. Guiado sólo por el instinto, creó seres y cosas para enriquecer la compañía en las grandes extensiones. Estos son los impulsos naturales que dieron forma al escultor; más la imperiosa necesidad de la vida.

Es de los elementos ancestrales de donde empiezan a surgir de sus prodigiosas manos los primeros mitos de piedra y barro, que andando los años, con la madurez y la sabiduría, han de tornarse en la estatuaria de mayor significado para el arte escultórico chileno.

Su vida y su obra son una prueba y un nuevo ejemplo, que para el arte severo y grandioso se requieren valores auténticos; legados sin deformación por lo ambiguo o superficial de un medio amorfo, desarraigado de las verdaderas corrientes subterráneas del suelo y de la sangre. La reciedumbre de su labor habla elocuentemente de su

espíritu vigoroso y de la verdad de su destino. No son retardados impulsos extemporáneos, ni antojos convencionales de última hora de una vida estéril, los que lo llevaron hacia la escurridiza senda del arte. Es un mandato irrevocable de su existencia, que nace con él, para no dejarlo separarse desde su niñez ni una hora, ni un minuto del constante deber de creación, en todo el recorrido de su larga vida.

Su obra posee la fuerza de la montaña, el rumor de los ríos y la serenidad agreste de los valles y en cada una de sus magníficas esculturas está latente, como soplo vital, el contenido rico y precioso del mundo del hombre. Están sus tristezas, sus sufrimientos, sus alegrías, los goces, la emoción y el amor. En suma, su obra es uno de los más bellos poemas en mármol esculpido por manos de nuestro territorio.

Pudo emigrar dieciséis años de su juventud hacia el lugar de cita de los semidioses del talento en busca de los sabios secretos del oficio y pudo encontrar también la necesaria afirmación de sus convicciones, de su fe en la belleza y en los altos valores del espíritu, que su tierra bravía depositó en él para hacerlo su intérprete, su voz. Junto a los maestros de todos los tiempos aprendió a expresar con el cincel la fuerza poderosa de su instinto, a dar forma a la grandeza, a revelar el contenido de su bestial primitividad, fértil, de sol, lluvia y viento.

Rudo en su aspecto exterior, Virginio Arias tenía la dureza y el silencio elocuente de la roca granítica; por eso, él no habló sino con el mármol y la piedra y para bien nuestro, en lenguaje universal. No de otro modo podemos explicarnos el misterio del triunfo de su monumental *Descendimiento* que, en la vieja Europa, rompiera para siempre el desconocimiento de nuestro amado rincón andino. Sorpresa inefable que diera nuevas noticias de un lejano pueblo austral de la América del Sur, conocido hasta entonces allende el Atlántico, casi solamente, por su subsuelo mineral, "por sus ricos estancos de huano", como rezan las crónicas de fines del siglo pasado.

Para comprender en su total significado el valor de la Medalla de Oro, que distinguiera a su grupo escultórico, es necesario recordar que la Exposición Internacional de París, de 1900, constituyó la mayor atracción para los artistas de esos tiempos; sobresalir no resultaba cosa fácil, pues a ella se dieron cita grandes escultores de todas las latitudes del orbe. Tampoco existían las diversas tendencias que hoy dividen las artes formales. Era aquella una época de ideas claras, el arte se identificaba con los valores reales de la vida; eran las postrimerías del romanticismo. Los artistas soñaban con obras geniales. El espíritu dramático y sentimental daba a la creación artística proporciones monumentales y fuerte vuelo interpretativo. Las grandes obras pictóricas de Eugenio Delacroix, los bellos conjuntos estatuarios de Carpeaux y del genial Rodín ejercían influencia avasalladora y cierto entendimiento entre las creaciones del arte, unificadas en su contenido por el sujeto principal: el hombre. Virginio Arias, aunque surgido de fuerzas raciales tan lejanas a las tradiciones del viejo mundo, sin embargo, debido a estos factores favorables del ambiente, en convivencia con la sabiduría de los maestros de entonces, pronto, a una edad de juventud, exteriorizó como ellos, con obras valiosas, la riqueza de su espíritu y conquistó con dignidad un lugar respetable en la escultórica universal.

Para Virginio Arias e igualmente para muchos de nuestros grandes artistas de comienzo del siglo XX, la gloria les fué de corta duración. Después de la guerra europea de 1914, los conceptos estimativos de los valores intrínsecos del arte cambian experimentando un fuerte trastorno. Sobrevino lo que podría llamarse la guerra de los estilos, que hasta nuestros días sigue tenaz y cruenta. Desde esa fecha, nuevas concepciones, nuevos convencionalismos teóricos, literarios o estéticos dividen las expresiones del arte plástico y como es de suponerlo, nuestro pequeño mundo no permaneció ausente. Al igual que en Europa o mejor dicho París, surgió también esta lucha de influencias, que entre nosotros, más bien, se tornó en lucha de generaciones.

Estas circunstancias, poco fecundas para la acción creadora, si-

lenciaron casi la mitad de la vida y la obra de tan verdadero maestro, que hoy recordamos en el centenario de su nacimiento para redescubrirlo y reafirmar en nuestro espíritu su incomparable ejemplo. Tal vez, ningún otro artista de su período y de su importancia sufrió de un olvido más prolongado. En 1926, fué separado de su cátedra de escultura de la Escuela de Bellas Artes, conjuntamente con otros eminentes maestros como el escultor don Carlos Lagarrigue y el pintor don Juan Francisco González, a quienes se les aplicó, sin discriminación alguna, un decreto ley que obligaba a presentar la renuncia a todas las personas mayores de sesenta años de edad que servían cargos en la Administración Pública. Medida incoherente, de fatales consecuencias, porque destruyó el sentido de las jerarquías, de los valores y la normal tradición del arte nacional. Virginio Arias, desde ese instante hasta su muerte, permaneció alejado de las actividades artísticas oficiales trabajando en la soledad de su taller, pero con sostenido fervor y jamás perdió la fe y el amor a su oficio. A pesar de que él por sí sólo diera más nombre a su país que muchas instituciones, la humildad y la pobreza no tuvieron significado ni lo apartaron de su destino. Por lo demás, la miseria ha sido siempre la recompensa para el artista chileno. De esos tiempos precarios y duros son los monumentos al general Baquedano y a don Diego Barros Arana, que hoy decoran y enorgullecen la capital.

Ha sido necesario un período de reposo, la gestación de una nueva conciencia más serena para el debate artístico, decantada en la propia experiencia y con mayor claridad para intuir los oscuros presagios del porvenir espiritual de nuestro pueblo nuevo, para que tornáramos un poco la mirada a su obra y a su personalidad.

“El arte es siempre figurativo porque se realiza con figuras. El subrealismo no existe”, ya le escuchamos repetir al viejo Pablo de la paloma de la paz.

“La poesía es un amor desmesurado de la vida. Es la necesidad de expresar este amor. El arte no es sino un reflejo más o menos prestigioso”, no ha mucho escribía el poeta Reverdy.

“El poeta no puede ser desarraigado, sino por la fuerza. Aun en

esas circunstancias sus raíces deben cruzar el fondo del mar, sus semillas seguir el vuelo del viento, para encarnarse, una vez más, en su tierra". Escribe nuestro Pablo, cantor de *Todo el amor*.

El sentimiento de humanismo que hoy roza nuestras narices, abren de nuevo al arte el alma y el corazón, y seguramente, pronto volverá, como en todas las edades de los grandes renacimientos artísticos, a ser un simple vehículo la técnica, el oficio o la teoría; porque para expresar teorías ya comprendemos, está la palabra y la escritura, y hacer de la técnica el sujeto del arte es como mostrar el taller y guardar la creación, enseñar la parte de atrás de la obra o de un edificio, la enfierradura. La geometría pura, como expresión de la pintura o la escultura, es para muchos artistas que han puesto un poco el pensamiento en la responsabilidad de su sino, frío, silencio, muerte; mata lo humano, la poesía, y por lo tanto, lo valedero y eterno del espíritu. El mundo, a pesar de la obcecación de algunos, vuelve otra vez a las fuentes puras de la vida, al realismo. No percibirlo sería sentir placer en la diatriba o sufrir de crónica amnesia.

Al volver a Virginio Arias no podemos dejar de hacer estas reflexiones porque toda su obra es canto de amor a la vida y frente a los impulsos benéficos que la hora presente empuja al hombre a un destino mejor, sus palabras pétricas adquieren acentos precursorres, reafirman en nosotros el arte del pueblo, la fuerza maravillosa y fecunda de nuestra propia tierra.

Nunca como ahora podremos comprender más claramente todo lo que nos legó aquel hombre pequeño, de torso fornido que conocimos con mazo en mano frente a la arcilla, y cincel junto al mármol. Muchos años lo vimos sin oírle otra voz que la de su escultórica; de ahí que ahora, ante ella, sólo he pretendido reanudar el viejo diálogo y recoger nuevamente su generosa enseñanza.

Virginio Arias, al igual que su maestro Nicanor Plaza, como sus compañeros de trabajo, Córdoba, Carlos Lagarrigue y Simón González, ha esculpido sólidos y bellos cimientos para nuestra chilenidad y como auténtico hijo de la tierra, su espíritu ha quedado petrificado en su obra para grandeza y honra nuestra.